

## “Como tú, piedra pequeña...”<sup>1</sup>

*Alejandro Espinosa Yáñez*<sup>2</sup>

Para Alicia, que al conocer detalles  
de los niños de la calle...  
sufrió como si fueran sus hijos

En los recovecos de las avenidas, entre la basura, los baldíos y las coladeras, despliegan sus acciones los niños de la calle. Son niños sin nombre, sin afiliación, sin memoria genealógica. Nos asustamos cuando los vemos en acción; no nos reconocemos en ellos. Michel Foucault hablaba de la mirada médica, que se materializa en la dominación de todas las prácticas alópatas sobre cualquier otra opción o alternativa médica, la cual se interioriza en los sujetos; así vemos. De la misma manera, hay una mirada social dominante de la calle como espacio de peligro, y sobre los niños de la calle, como un subgrupo que se encuentra en los márgenes sociales, como un dato residual no producido por la sociedad misma.

<sup>1</sup> El trabajo que aquí se presenta se apoya en los resultados del Segundo estudio en cien ciudades de niñas, niños y adolescentes trabajadores, el cual se concluyó en 2003 para el Sistema Nacional para el Desarrollo Integral de la Familia (DIF) y el Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (UNICEF). Este texto se presentó, con pequeñas modificaciones, en el III Congreso contra la Violencia Intrafamiliar, organizado por el Sistema para el Desarrollo Integral de la Familia, del estado de Aguascalientes, y la Universidad Autónoma de Aguascalientes, los días 2, 3 y 4 de mayo de 2005.

<sup>2</sup> Profesor-investigador. Departamento de Relaciones Sociales. UAM-Xochimilco, y de la Maestría en Ciencias de la Educación, de la Universidad del Valle de México, Unidad San Ángel, Programa Extramuros. Coordinador de la Unidad de Servicios de Información Estadística y Geográfica de la Cámara de Diputados.

## Introducción

La calle se ha convertido en un lugar peligroso. Mirando hacia atrás en la historia, como plantea Tonucci (1999), los clásicos infantiles dibujaban el bosque como algo oscuro y peligroso, al que se debía entrar con todas las precauciones. Por el contrario, la ciudad, sus luces y calles, eran un lugar seguro. Este imaginario se ha modificado abruptamente: ahora se mira al campo como el lugar seguro, puro.

Los niños que viven en la calle, como actores protagónicos del escenario urbano, han venido llenando de contenido con sus prácticas, los espacios urbanos. En parte, su presencia se suma a la mirada que ve y enfatiza que la calle es un peligro. Y sin embargo, ahí vive un grupo de niños de diferentes edades y con historias de vida en las que la exclusión y el abandono son parte de su patrimonio cultural. No obstante la proximidad de historias que se ven en la punta del *iceberg*, en el fondo se aprecian las diferentes razones que empujaron a los niños a su condición de habitantes de la calle. Vale subrayar un supuesto: aun cuando el argumento dominante de que la estancia de los niños en la calle implicaría un sentido de la acción de parte de ellos, sin embargo los niños, más que creadores de su condición social, son la consecuencia de condiciones heredadas, ajenas las más de las veces a su voluntad y, por tanto su acción social se reduce a una postura defensiva: la calle, así, se constituye en una estrategia mínima de supervivencia.

## Las calles, cicatrices en la ciudad

Pensar en los niños de la calle y encontrarnos con León Felipe no es poca cosa:

“Así es mi vida,  
piedra,  
Como tú; como tú,  
piedra pequeña;  
Como tú,  
piedra ligera;  
Como tú,  
canto que ruedas  
por las calzadas  
y por las veredas [...]  
Como tú, que no has servid  
para ser piedra de una Lonja,  
ni piedra de una Audiencia,

ni piedra de un Palacio,  
ni piedra de una Iglesia;  
Como tú,  
piedra aventurera [...]”<sup>3</sup>

Apuntaba nuestro poeta antifranquista, refiriéndose a los desposeídos, a los humildes. Sorpresas aparte, no es nueva ni extraordinaria la presencia de los niños que viven en la calle. En el tránsito del badajo a la sirena, su número ha ido creciendo, asustando a una sociedad que los ve como si fueran seres de otro mundo, apartándose de su papel como creadora. En los recovecos de las calles, entre la basura, los baldíos y las coladeras hemos montado nuestro observatorio, con la esperanza de contribuir en un reconocimiento doloroso: los niños de la calle existen, y con ello la explotación, la dominación y el maltrato, porque la sociedad es productora de las condiciones que hacen posible este hecho social. Esta es la premisa de la que partimos: los niños de la calle, que han hecho de las piedras de la calle sus sillas y armas, materializan lo que la sociedad realmente es. Ellos no eligieron las condiciones históricas en las que nacieron, son el resultado de un parto social que los aparta de toda posibilidad de ser. Abordamos un tema áspero, incómodo, visto desde fuera y que huele mal, pues los niños, rompiendo la visión conservadora de la calle, edifican en ella su hábitat.

Aparte de compartir la calle como un espacio que es multifuncional, porque lo mismo ahí se trabaja que se vive, tomando distancia de la lectura de la calle como espacio que solamente debe servir para los fines de la circulación de mercancías –ligados al trabajo, el amoldamiento social y a todo aquello que le da sentido y funcionalidad a la reproducción del capital y de la sociedad en su conjunto–, los niños que viven la calle en todas sus dimensiones comparten las heridas del maltrato, como causa principal que los llevó a las avenidas y cruceros. Antes de entrar a ese punto, ubiquemos la dimensión del problema de los niños que viven en la calle: del universo observado,<sup>4</sup> 1.57 por ciento de los menores vive en la calle. La gran mayoría de ellos son del género masculino, en el orden de 84 por ciento, mientras que la parte femenina alcanza 16 por ciento. La edad registrada al momento del estudio como dominante se situó en ambos géneros en los 13 años. Dentro de este grupo es pertinente destacar la

<sup>3</sup> León Felipe, “Como tú”, *Versos y oraciones del caminante*, Colección Visor de Poesía, Visor libros, Madrid, 1993, p. 33.

<sup>4</sup> En el Segundo estudio en cien ciudades de niñas, niños y adolescentes trabajadores se contó con un universo de 94 795 niños y adolescentes. Para abordar este universo se aplicaron un poco más de 30 mil entrevistas, realizadas con el apoyo de cédulas de observación para detectar el tamaño y particularidades del problema (en general, de la presencia de niños y adolescentes en las calles de México, con fines laborales, más que de hábitat). El apoyo en las cédulas garantizó tener una muestra representativa. Los resultados se sustentan en la evidencia empírica aportada por los cuestionarios. Vale señalar que no se incluyó al Distrito Federal en el estudio.

presencia de grupos indígenas. De la población infantil que vive en la calle, 8.92 por ciento son indígenas; la mayoría de ellos son del sur profundo, de Chiapas.

Se trata de niños que no viven en “casas” (independientemente de su materialización física), que han tomado distancia de su respectiva familia y que en sus prácticas sociales domina lo no institucionalizado:

Son los que mantienen lazos ocasionales con su familia o con algún miembro de ésta; son los más susceptibles de cometer conductas antisociales o ser objeto de explotación; son los que han roto con su familia y han sido víctima constante de maltrato por parte de sus padrastros; son aquellos que se han separado totalmente de su familia, y habitan y su medio de vida está en la calle; son aquellos que forman parte de la economía informal o han roto su vínculo familiar prefiriendo vivir en la calle porque ésta les reporta independencia y autonomía; son aquellos que han desarrollado astucias y habilidades propias de sobrevivencia y han adquirido hábitos y costumbres propios... (Feldman, 1997:17).<sup>5</sup>

Atravesando la piel de las niñas, ellas llevan en su memoria –la formalización del dato es la concreción de su subjetividad, de la forma en que se ven a sí mismas– que el maltrato en casa fue la principal razón de haber llegado a la calle (no como elección racional ni producto de la información consistente en lo que hace a conocer la calle y cómo se vive ahí). Esta respuesta se tradujo en una tasa del 47.1 por ciento. Veámoslo con frialdad: de cada diez niñas, la mitad siente que fue maltratada. Y la “intelectualización” del maltrato, como ejercicio que permite ver lo que antes no se veía y tomar conciencia del hecho, del sentido de necesidad de romper con esa condición, es una operación dolorosa y difícil de realizar. Los niños, diferentes en su condición de género, pero cercanos por una historia en la que, traduciéndolos, el golpe y la ofensa forman parte de lo cotidiano, manifestaron en 42.5 por ciento que una razón poderosa para estar en la calle fue el maltrato vivido en casa. Dicho de otra manera, la mayor parte de los entrevistados, 1. Vivieron en casa; 2. Rompieron con su familia; 3. Encontraron que la calle podía ser un lugar para estar mejor, al menos no tan mal. Revisando la circunstancia interna de niños y de niñas, y comparando cada uno de estos grupos en sí mismos, se aprecia que los niños son más maltratados físicamente que las niñas, en casi 9 puntos porcentuales por encima. De esta manera, la casa se vacía de los contenidos convencionalmente aceptados de entenderla como lugar de protección, ese lugar que proporciona luz y sombra, según sea el caso (Ortiz, 1987); como indica Torres Falcón:

<sup>5</sup> En esta línea de la discusión, el argumento de Duschatzky y Corea debe considerarse: “La caída de un patrón referencial en la estructuración familiar nos invita a pensar que la ‘familia’ es hoy un significativo vacío, es decir un lugar sin referencia estable de significación” (Duschatzky y Corea, 2000:72).

En el hogar se reproducen las jerarquías sociales y las relaciones de dominación. El jefe del hogar, por lo general un hombre adulto, tiene las atribuciones de mando y exigencia correspondiente a una figura de autoridad; el hombre de la casa, quien desempeña los papeles de esposo y padre y de quien se espera que también sea el proveedor de los bienes materiales que la familia necesita, ejerce poder sobre los demás integrantes de ese núcleo de convivencia. Ese poder se expresa de muy diversas maneras: controla los gastos, toma decisiones que afectan a la totalidad del grupo, exige determinados comportamientos de los demás, sanciona a quienes no se ajustan a sus normas, reclama ciertas atenciones, etc. La sola idea de que en la familia hay (o debe haber) un jefe remite a una relación desigual, a una relación asimétrica de poder en la que alguien manda y los demás obedecen (2001:251-252).

La segunda razón, muy consistente, hace referencia al gusto de vivir en la calle. Tenemos pues, como antípodas, de un lado el sufrimiento que se vivió en casa (verdadero factor de influencia para la salida a la calle, en los casos de los niños que vivieron inicialmente en “familia”), y de otro lado, la calle como un espacio que se disfruta. Desde una rendija analítica, se trata de una búsqueda por construir un equilibrio psíquico que sin ignorar al individuo como sujeto concreto, desborda las fronteras individuales. Situándose un poco por debajo de la mitad de lo que implicaba el maltrato, los niños y las niñas ubicaron respectivamente en 19.3 y 22.1 por ciento la razón de que comenzaron a vivir en la calle por gusto. No se pueden disociar al gusto del maltrato y viceversa: se trata de una relación social integrada en las experiencias de los niños en las que la precariedad de la vida en familia se articula a la construcción de nuevas formas de socialización.

El peso de la estructura familiar también está presente en las respuestas de los niños y adolescentes, aun cuando se trate de la presencia-ausencia: de esta manera, la muerte de la madre, en una proporción promedio cuatro veces por encima de la muerte del padre, deja ver en primer lugar una idea de los roles sociales distintos que cumplen de una manera general los padres y las madres en nuestra sociedad; en segundo lugar, y sin apartarnos de la línea argumental, la muerte de la madre se traduce en desprotección: sin ella las cosas marchan peor dentro de los muros de la casa. A esta complejidad de la ausencia de la madre o del padre, hay que agregar en una amplitud mayor la inexistencia de una red familiar que por el niño trabajador sea intelectual y emocionalmente incorporada. El hecho de no contar con familiares se amortigua con la existencia importante, en particular para los niños, de una red de amigos (los niños manifestaron contar con este apoyo en 11.74 por ciento, doblando la importancia que tiene para las niñas esta red, en el orden de 5.88 por ciento). Hay una pregunta que está pendiente y no puede ser resuelta con la evidencia de la encuesta: ¿las madres, para este grupo poblacional, presentan tasas de mortalidad mayores que

los padres o son socialmente más resentidas las muertes de las madres que las de los padres? Veamos parte de lo hasta aquí apuntado, ilustrado en la siguiente gráfica.

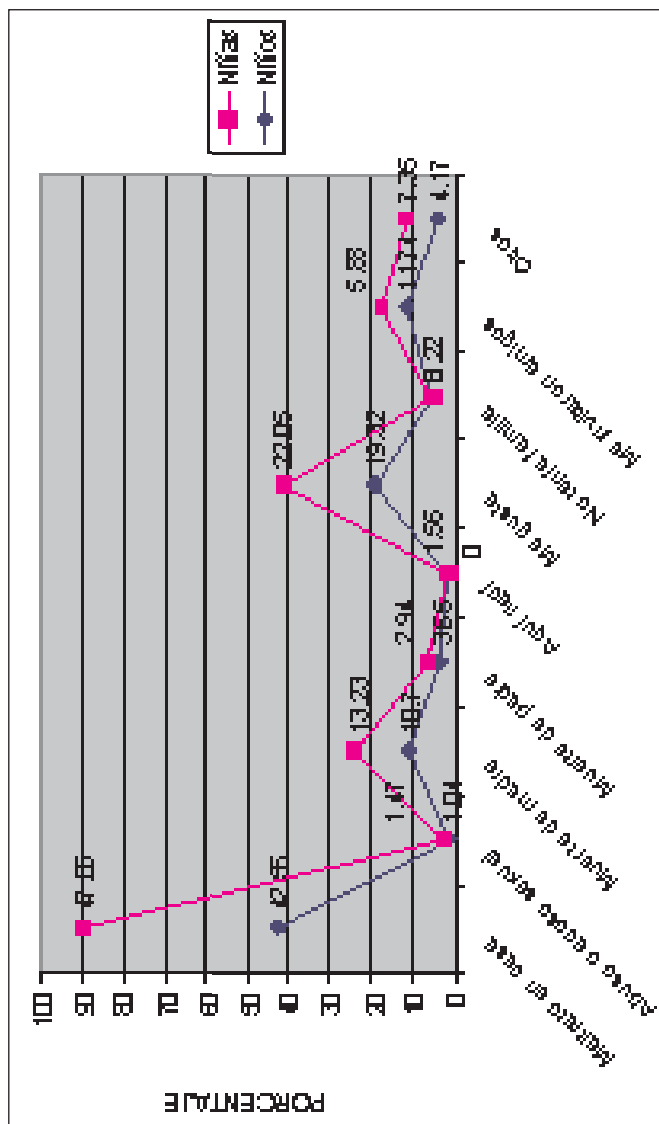
Como se aprecia en la gráfica, a pesar de los puntos comunes y de formas de percibir la realidad muy similares, hay matices entre la percepción y acción de las niñas frente a la percepción y acción de los niños. Es el caso del proceso de iniciación de vivir en la calle. Los niños comienzan desde temprana edad, los menos dentro de su propio grupo por género, a vivir en la calle.

Como se ha apuntado, los niños se alejan de su familia, empiezan a ser más claras y consistentes sus posturas por fuera de las convenciones sociales; se adhieren a las nuevas leyes, sin la formalidad de lo escrito, de lo racional legal burocrático, de la física de las costumbres, de lo recurrentemente significativo. Las formas de dominación tradicional no tienen un lugar importante en los niños en general desinstitucionalizados. Asimismo, las reglas para mantener un esquema de orden y obediencia, en torno a jerarquías claramente establecidas, a normas organizacionales, etcétera, tampoco ocupan un lugar destacado en la acción cotidiana de estos niños. No ocurre lo mismo con la emergencia de identidades quizá efímeras, pero que son disposiciones a partir del reconocimiento de liderazgo, de construcción horizontal de relaciones, de nuevas formas de aceptar la autoridad a partir de las lealtades, entre otras. Una de las expresiones con la discontinuidad en la familia se aprecia en el consumo de drogas. La estructura social en que se despliega la acción de los niños que viven en la calle favorece o abre más las posibilidades para el consumo de drogas en este grupo de población. Considerando a niñas y niños, el promedio de iniciación de consumo de drogas, que no significa que se conviertan en drogadictos, simplemente es un dato de que han consumido en algún momento droga, es a los 10.5 años. Empero, en este porcentaje se oculta una diferencia que no debe soslayarse: el promedio de edad que los muchachos y niños contestan al preguntárseles a qué edad consumieron por primera vez alguna droga, la respuesta es que los hombres comienzan a los 9.9 años, mientras que en el caso de las mujeres es a los 11.2 años. Desagregando con mayor detalle la información, es en las edades que van de los 9 a los 14 años donde se concentra el mayor problema en número de personas que llegan en algún momento a consumir droga, en este grupo poblacional. Considerando al grupo poblacional que va de los 9 a los 14 años como de alto riesgo, vale acercarse a otro problema también particular que aqueja a los niños que viven en la calle: el analfabetismo.

### **La letra que no entró ni con sangre**

El saber leer y escribir un recado no es un atributo para 40.56 por ciento de la población mayor de 6 años en este grupo. No obstante, donde se aprecia el problema en una

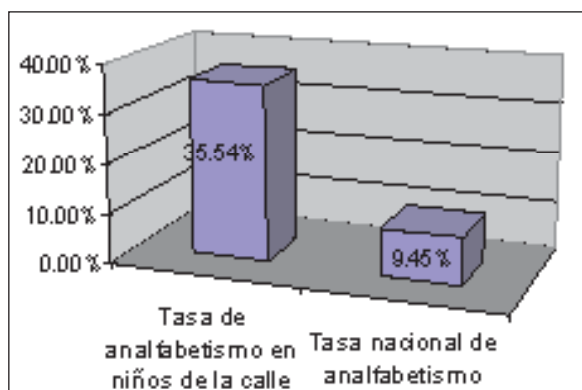
Gráfica 1  
Motivos para vivir en la calle



magnitud que nos permite medir con precisión, por ajustarse a un criterio aceptado, es en los grupos de entre 15 y 17 años. Ahí la tasa de analfabetismo alcanza 35.54 por ciento. En la mayoría de estos casos, la letra no entrará, emulando la “pedagogía” tradicional, ni con sangre. Por cierto, es en la franja de los 16 años donde se encuentra la mayor frecuencia de analfabetismo, en el orden de un 39%. Sólo una intervención institucional abierta, consistente y sistemática –a la par de un reconocimiento de los propios niños que viven en la calle de su circunstancia y la necesidad de romperla–, podrá construir puentes de salida para el atraso y la exclusión extrema en la que se encuentra sometida esta población. No obstante, esta “intelectualización” del hecho, se presenta casi como imposible en las condiciones actuales. Para que se entienda la magnitud del daño, la tasa de analfabetismo nacional registrada por el Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI) en 2000 ascendió a 9.45 por ciento, considerando incluso a la población que no especificó su situación:

Se ha planteado el problema del analfabetismo en el conjunto de los niños que

**Gráfica 2**  
**Disparidades del analfabetismo**



viven en la calle. No obstante, al interior de este grupo hay subgrupos, es el caso de los indígenas. Según lo recabado en la encuesta, y recordemos que estos últimos representan 8.92 por ciento de la población que habita en la calle, es en este grupo donde se concentran las tasas más altas de analfabetismo, y podemos extender este grado de precariedad a sus condiciones de vida en general. El 67.64 por ciento<sup>6</sup> no sabe leer ni escribir un recado, en una franja que va de los 8 años en adelante. Es cierto

<sup>6</sup> Este dato no se aparta de lo que ocurre en la zona rural chiapaneca, en la cual más allá de los promedios, se ocultan inequidades y diferencias que superan en muchos la tasa promedio de analfabetismo.



que está abierta la posibilidad de que puedan entrar a la escuela más tarde. Empero, lo más probable es que este analfabetismo presente sea la crónica anunciada de una página que no se escribirá.

Se han aportado datos y trazado tenues líneas de interpretación sobre el analfabetismo, sin señalar que en la población que indicó vivir en la calle una parte de niños manifestó seguir estudiando. Parece un argumento poco creíble, sobre todo cuando se plantea que el niño que vive en la calle ha roto con lo institucional. Nosotros aquí partimos del supuesto de que el niño dice la verdad. Así, en las condiciones descritas se encontró a 5.86 por ciento de niños y adolescentes que mantienen vínculos con la escuela; en esta información, en una proporción de dos a uno en educación primaria por sobre la secundaria. Dada la presencia de las niñas en el universo total (16.07%), el porcentaje de ellas que continúa en la escuela es más consistente proporcionalmente que el de los niños (21.74%).

## **La mirada institucional**

En lo que se refiere al trabajo de instituciones volcado hacia los niños de la calle, 40 por ciento señaló haber recibido apoyo institucional, destacando en más del 50 por ciento el papel activo del Sistema para el Desarrollo Integral de la Familia, en las diferentes instancias de gobierno que representa. El apoyo se canalizó para la atención de problemas diversos. Fue en alimentación y en el campo de la salud donde los niños trabajadores señalaron haber recibido mayor atención, en el orden de 25.05 por ciento y 18.11 por ciento, respectivamente. Con un menor porcentaje se apreció el apoyo en ropa y en albergues, un poco por encima de los diez puntos. Hasta aquí se puede apreciar que el apoyo descrito tiene un alcance general. No ocurre lo mismo con el apoyo para la rehabilitación de adicciones y la educación, apoyos que son más dirigidos. La diversión, a pesar de tratarse también de un aspecto que beneficia al aplicarse al conjunto de la población sin ninguna distinción, ocupó un lugar menos destacado. A partir de esto, podría repensarse su elaboración estratégica para penetrar en grupos poblacionales más resistentes a lo institucional. Vale sobre ello plantear un aspecto central: “jugar significa recortar para sí mismo cada vez un trocito de este mundo: un trocito que comprenderá a un amigo, a objetos, a reglas, un espacio a ocupar, un tiempo para administrar, riesgos a correr” (Tonucci, 1999:38).

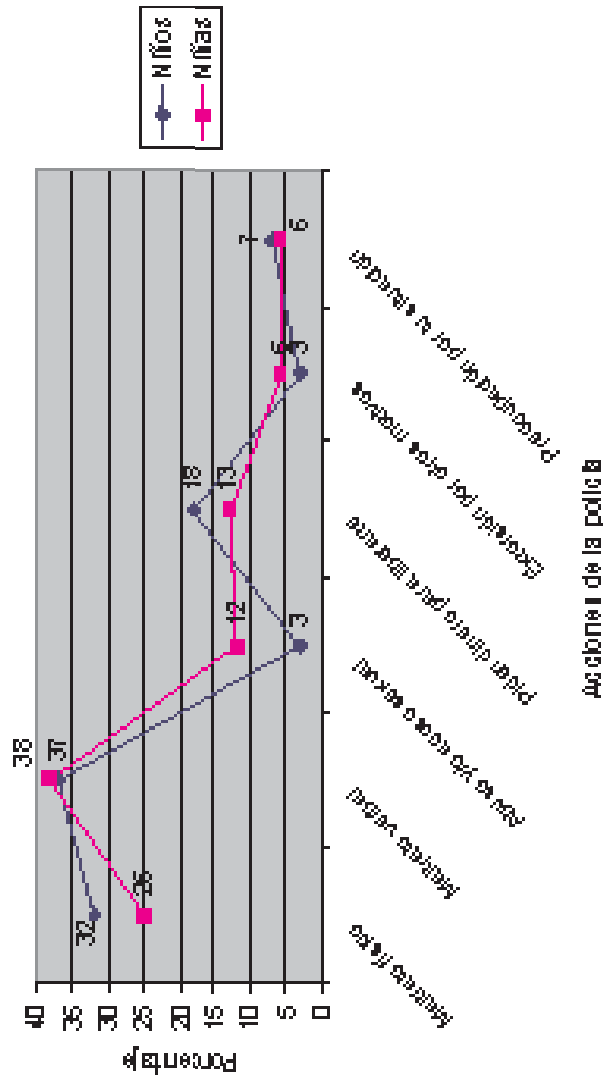
Al principio de la exposición se aludía al peligro de estar en la calle. Sin soslayar este argumento, apoyado en lo que llena desde hospitales hasta noticiarios, una de las interacciones que satura de contenidos de violencia simbólica y física es la relación de los niños, como actores urbanos, frente a la policía, como cuadro administrativo del orden. El 49 por ciento de la población infantil que vive en la calle dijo haber sido

detenida en alguna ocasión por la policía. De esta tasa, 16.9 por ciento son niñas y el porcentaje restante 83.1 por ciento son niños. Las actividades principales de los niños que fueron detenidos por la policía se agrupan en limpiaparabrisas, mendicidad, ventas, y lustrado de calzado (bolero), en el orden del 17.4, 14.8, 18.9 y 18.4, respectivamente. Lo más significativo de esta información apunta al caso de las niñas. Si vemos la relación de las niñas y los niños al mismo tiempo, dado que en números absolutos ellas son menos que ellos, en porcentaje ocurre lo mismo. De esta manera, si se pondera la detención de las niñas en el universo total de las mismas niñas, la detención de las menores trabajadoras por la policía alcanza el orden del 52.38 por ciento, lo que indica que se detiene más a las niñas que a los niños por distintas razones: como un ejercicio de fuerza de lo masculino o masculinizado por sobre las niñas; expresa la exclusión social por género; se pone en escena la conveniencia dominante de que las niñas son más débiles o dóciles que los niños; y la mayor proclividad al abuso o acoso sexual que sufren las mujeres por encima de la parte masculina, como apuntaremos más adelante.

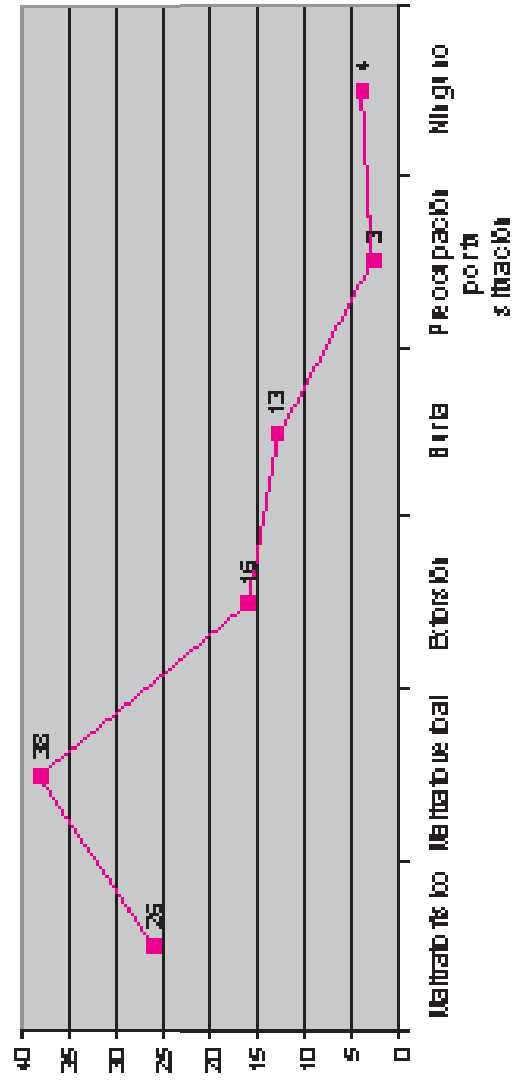
Las razones, desde la mirada de los niños, por las que fueron detenidos enfatizan principalmente la vagancia (31%), por cuestiones de droga (20%), por pelear (16%) y por robo (11%). Sin que tenga un peso importante, también plantearon que fueron detenidos por no entregar dinero. Asimismo, otro aspecto a destacar es el argumento planteado por los niños de que fueron detenidos sin causa alguna (8%). Los grupos indígenas no escapan a esta situación, antes al contrario, pues sobre ellos se han generado detenciones por la policía en el orden del 25.7 por ciento. En la siguiente gráfica se ilustra sobre las detenciones y el efecto diferenciado de acuerdo con el género. Antes de ponerla en exposición, es importante considerar que se trata de niños que fueron orillados a la calle en mucho por vivir situaciones de maltrato en casa. Ahora en la calle, cuando se les detiene, el maltrato verbal se encuentra en la cúspide para estos chicos que viven o en el piso de una realidad social en la que duermen o en una pendiente que los conducirá hacia allá. Asimismo, hay que tomar con precaución lo referido al maltrato verbal y al físico, dado que en la experiencia de los niños no se trata de una frontera sino de una tenue diferencia, incluso quizá en muchos casos no reconocible para los niños. Una segunda observación intenta fijar el ángulo de observación en lo referente al abuso o acoso sexual: las niñas, proporcionalmente, fueron más dominadas en este campo específico.

Sin apartarse de sus costumbres, los niños que viven en la calle consideraron que lo ordinario en el trato de los policías hacia ellos se expresa en maltrato verbal, como el punto más alto y la despreocupación por su situación, como el punto más bajo. Dicho de otra manera, lo extraordinario (la detención) se ha naturalizado como algo

Gráfica 3  
Trato por detención a niños y niñas que viven en la calle



Gráfica 4  
Trato ordinario de la policía a niños de la calle



ordinario:

## **Consideraciones finales**

El encadenamiento de causas que han propiciado la construcción del niño de la calle (sin familia formal, sin techo, desestructuralizado en lo que hace a la clasificación de lo socialmente aceptable), deja ver por un lado a un “sujeto” atado (sujetado) a la calle, como una piedra pequeña que puede ser pisada socialmente, que puede tirarse hacia cualquier lado, que no funciona en su estado actual para la edificación y, en consecuencia, sujeto (portador de subjetividad) productor de “prácticas no sancionadas por las instituciones tradicionales como la escuela y la familia” (Duschatzky y Corea, 2002:31). Ya no es la familia la instancia de socialización primaria, sino el grupo, no unido por consanguinidad sino por preferencia y elección. Los procesos de adquisición de valores y conocimiento se desplazan. Sin posturas fatalistas, D. Cooper pone su mirada, como problema, en “la muerte de la familia”, y recupera en ese sentido a Zarza: “probablemente la familia ya no es máximo para muchos individuos, emergiendo posturas de franco desinterés con las convenciones y normas familiares (Zarza, 1994:196). De la primera sociedad, el primer ambiente, el núcleo primario orientador de valores, la instancia principal en la formación de la conducta moral, ahora asistimos a comprender a la familia ya no como un bloque monolítico, pues estamos hablando de diferentes tipos de familias, pudiendo distinguir una cosa clara pensando en los niños que observan el horizonte: “Esos niños que miran son los niños del fin de siglo. Y no son ellos los que pregonan la muerte de la familia, ellos recién se asoman, es temprano. El anuncio de la muerte nace en otras generaciones, aquellas que crecieron dentro de un modelo familiar totalizador, unitario, central, con certeza y futuro” (Rahman, 1993:36). Asistimos entonces, entre otras desembocaduras y pensando nuestro problema, al traslado de pertenencia de la familia a los amigos, a pesar de las visiones dominantes que ven peligroso eso de los amigos “de la calle”, hecho que constituye redes de solidaridad (por qué no incluso pensar en otro tipo de familia, alejada de los moldes convencionales).

El paso impensable para otros grupos sociales de decir adiós a la familia, al aula escolar, a la certidumbre de un trabajo producto de la calificación, entre otros, ha sido dado, más allá de la conciencia real del hecho, por los niños de la calle. Como sociedad, tenemos la responsabilidad de ayudarlos a construir con ellos otros posibles, reconociendo un hecho concreto: la presencia de los niños en la calles es la materialización de una sociedad que ha construido las condiciones para que existan niños de la calle. Dicho de otra manera, no podemos solucionar este problema si no reconocemos su origen, al menos su fuente principal.

## Bibliografía

- Arenal, Sandra (1991). *No hay tiempo para jugar... (niños trabajadores)*, Nuestro Tiempo, México.
- Arias Robles, Marta (1997). *Adultos a la fuerza la explotación laboral de la infancia*, INTERMÓN, Barcelona
- Attali, Jacques (1985). *Historias del tiempo*, FCE, México.
- Bourdieu, Pierre (1990). *Sociología de la cultura*, Grijalbo, México.
- Braverman, Harry (1987). *Trabajo y capital monopolista. La degradación del trabajo en el siglo XX*, Nuestro Tiempo, México.
- Cemedín (1992). *Temas de la infancia*, junio.
- Coesnica (1992). *Ciudad de México: estudio de los niños callejeros (Resumen ejecutivo)*, DDF, México.
- Dávalos, José (2001). *Derechos de los menores trabajadores*, UNAM, México.
- Debord, Guy (1976). *La sociedad del espectáculo*, Castellote Editor, España.
- Dumazedier, Joffre (1992). "Trabajo y recreación", en Friedmann, Georges y Pierre Naville, *Tratado de sociología del trabajo*, t. II, FCE, México.
- Duschatzky y Corea, Silvia y Cristina (2002). *Chicos en banda los cambios de la subjetividad y el declive de las instituciones*, PAIDOS, Argentina.
- Eliás, Norbert (1989). *Sobre el tiempo*, FCE, México.
- Espinosa Yáñez, Alejandro (1999). "Trabajo infantil en los espacios laboral-urbanos. Marginalidad e informalidad", en Lydia Feldman (coord.), *La educación no formal para menores trabajadores urbano-marginales. Guía para el promotor infantil comunitario*, DIF/UNICEF-Afore Garante, México.
- (1997). *La población infantil trabajadora en condiciones urbanas de informalidad*, CESMA, Aguascalientes.
- (2004). "Drogas y trabajo en los niños de la calle: sus condiciones materiales de vida", *Veredas. Revista del pensamiento sociológico*, núm. 8, UAM-X, México, primer semestre.
- Estrada Iguníniz, Margarita (1996). *Después del despido desocupación y familia obrera*, CIESAS, México.
- Fabregat y Virrueta, Gemma y Karina (2000). *El trabajo y la explotación infantil*, Germania Serveis Gràfics, Madrid.
- Feldman Salinas, Lydia (1997). *Voces en la calle*, Secretaría de Desarrollo Social, México.
- Fischer, Gustave-Nicolas (1998). "Espace, identité et organisation", en Jean-Francois Chanlat (dir.), *L'individu dans l'organisation, les dimensions oubliées*, Les Presses de l'Université Laval, Eska, París.
- Foucault, Michel (1980). *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*, Siglo XXI, colección

- Nueva criminología y Derecho, México.
- García Canal, María Inés (1993). "La casa: lugar de la escena familiar", en Ignacio Maldonado (coord.), *Familias: una historia siempre nueva*, Porrúa/CIUH-UNAM, México.
- García Canclini, Néstor (coord.) y Mabel Piccini (1993). "Culturas de la ciudad de México: símbolos colectivos y usos del espacio urbano", *El consumo cultural en México*, Conaculta, México.
- García Canclini, Néstor (1993). "El consumo cultural y su estudio en México", en *El consumo cultural en México*, Conaculta, México.
- Goffman, Erwing (1974). *Les rites d'interaction*, Editions de Minuit, París.
- González Ascencio, Gerardo (1995). "La condición de los menores víctimas de maltrato y abuso sexual en el México actual", en *Acta Sociológica*, núm. 15, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales-UNAM, septiembre-diciembre.
- Hardoy, Jorge E. y David Satterhwaite (1987). *La ciudad legal y la ciudad ilegal*, GEL, IIED-América Latina, Buenos Aires.
- INEGI (2001). Tabulados básicos, Aguascalientes, *XII Censo General de Población y Vivienda 2000*, Aguascalientes.
- Izazola, Haydea y María de la Paz López (1994). "Algunas características de hogares según datos de la ENHIG 1984", *Memoria de la IV Reunión Nacional de Investigación Demográfica en México*, abril 1990, INEGI-SOMEDE.
- Keller, Suzanne (1975). *El vecindario urbano. Una perspectiva sociológica*, Siglo XXI, México.
- Laurell y Marqués Asa Cristina y Margarita (1983). *El desgaste obrero en México*, ERA, México.
- Laurell, A.C. y Noriega, M. (1990). *La salud en la fábrica*, ERA, México, pp. 65-69.
- Lefebvre, Henri (1978). *El derecho a la ciudad*, Ediciones Península, Historia, ciencia y sociedad, núm. 44, Barcelona.
- (1976). *Espacio y poder. El derecho a la ciudad II*, Ediciones Península, Historia, ciencia y sociedad, núm. 128, Barcelona, España.
- Lowe, Donald M. (1986). *Historia de la percepción burguesa*, FCE, Breviarios, núm. 430, México.
- Midaglia, Carmen (2000). *Alternativas de protección a la infancia carenciada*, ECLACSO, Argentina.
- Muniz, Patricia y Rosa María Rubalcava (1996). "La reproducción de la pobreza", *Demos*, México.
- Ortiz, Víctor Manuel (1987). *La casa. Una aproximación*, UAM-X, México.
- Rahman, Graciela (1993). "La magia de la decadencia. Mujer y familia", en Ignacio Maldonado (coord.), *Familias: una historia siempre nueva*, Miguel Ángel Porrúa/

- CIH-UNAM, México.
- Ricci, Renzo (1981). *La muerte obrera*, Nueva Imagen, México.
- Robles Berlanga, Francisco (1999). *La educación no formal para menores trabajadores urbanos marginales*, DIF, México.
- Robles Vázquez, Héctor V. y David G. Abler (2003). "El trabajo infantil en México, 1984-2000", ponencia presentada en el IV Congreso de Estudios del Trabajo, Asociación Mexicana de Estudios del Trabajo (AMET), Hermosillo, abril.
- Secretaría del Trabajo y Previsión Social (STPS) (2003). *El trabajo infantil y sus peores formas de explotación*, STPS, México.
- Testa, Mario (1995). *Pensamiento estratégico y lógica de programación (el caso de salud)*, Lugar Editorial, Argentina.
- Timio, Mario (1983). *Clases sociales y enfermedad*, Nueva Imagen, México.
- Tonucci, Francesco (1999). *La ciudad de los niños. Un nuevo modo de pensar la ciudad*, Buenos Aires, Losada.
- Torres Falcón, Marta (2001). *La violencia en casa*, Paidós, México.
- Von Haldenwang, Christian (1992). "Entre la exclusión y la reconstrucción: América Latina después de 1992", *Nueva Sociedad*, núm. 117, Venezuela.
- Zarza Villegas, Susana (1993). "Análisis de la subjetividad de la mujer trabajadora: un